

torció por otra, y llegó por fin á la calle de las Tres Lunas. Era una de las más estrechas, sin aceras, empedrada con guijarros puntiagudos, recogidos en el lecho del Mionna. La casa, cuyo primer piso ocupaba, negra, agrietada, de tal modo se había hundido de repente un día, que hubo que apuntalar la fachada con cuatro grandes vigas; y Ragú ocupaba con Josina, justamente, los dos cuartos del segundo, cuyo piso hundido se apoyaba en los puntales. Abajo, la escalera pina como una escala, arrancaba del mismo umbral de la puerta, sin vestíbulo.

—Quiere decirse, caballero—dijo al llegar allí, Bonnaire á Lucas,—que va usted á hacerme el favor de subir conmigo.

Otra vez se sentía turbado. Josina comprendió que no se atrevía á meterla en casa, temiendo alguna afrenta, y que al mismo tiempo, sentía dejarla en la calle con el niño. Pero ella lo arregló, diciendo con su aire humilde de suave resignación:

—Nosotros no necesitamos entrar, esperaremos en la escalera, sentados en un peldaño, arriba.

Bonnaire aceptó en seguida.

—Eso es; esperad un momento, sentaos, y si consigo la llave, yo os la subiré para que podáis acostaros.

Desaparecieron Josina y Nanet en la profunda obscuridad de la escalera. No se les oía ni respirar. Se habían como sepultado en algún rincón, arriba. Bonnaire empezó á subir, guiando á Lucas, advirtiéndole que los peldaños eran altos, y recomendándole que se agarrase bien á la cuerda grasienta que servía de pasamano.

—Ahí, caballero, hemos llegado. No se mueva usted. Oh, diantre! Los descansos no son anchos, y si uno se cayera, no sería floja la voltereta.

Abrió la puerta, y le hizo entrar delante, por cortesía, en una estancia bastante grande, alumbrada con luz amarillenta por una lámpara pequeña de petróleo. Apesar de lo avanzado de la hora, la Pelos trabajaba todavía junto á la luz, repasando ropa blanca, mientras su padre, el viejo Lunot, sumido en la sombra, se había adormecido, con la pipa apagada entre las encías. En una cama que ocupaba uno de los rinco-

nes, dormían los dos niños, Luciana y Antonieta, él de seis años, ella de cuatro, muy robustos y hermosos y medrados, para su edad. La vivienda, á parte de esta sala común, que era cocina y comedor, sólo tenía otros dos aposentos, la alcoba de Lunot, y la del matrimonio.

Pasmada de ver volver á su marido á tal hora, la Pelos que no estaba prevenida, había levantado la cabeza.

—¿Cómo es eso, aquí tú?

No quiso el marido empezar por la cuestión más grave, haciéndole saber desde luego que dejaba el Abismo; y prefirió arreglar primero el caso de Josina y de Nanet. Así, respondió evadiéndose:

—Sí, he concluido, y me vuelvo.

Luego, sin dejarle tiempo para más preguntas, le presentó á Lucas.

—Mira, aquí está este caballero, un amigo del señor Jordán, que ha venido á pedirme una cosa que él te explicará.

Cada vez más sorprendida, la Pelos se había vuelto hacia Lucas, que pudo notar entonces su gran parecido con su hermano Ragú. Pequeña, con cara de mal genio, de facciones acentuadas, de cabello espeso, rojo, tenía la frente estrecha, poca nariz, duras las quijadas; su tez brillante, de rubia azafranada, cuya frescura la hacía agradable todavía á los veintiocho años, y de aspecto joven, era lo que explicaba la viva afición que había decidido á Bonnaire á casarse con ella, aun conociendo su carácter abominable. Pero ello había sucedido, y en efecto, la esposa tenía en continua tormenta la casa, y tenía él que ceder en todos los pormenores de la vida cotidiana, para conseguir la paz. Coqueta, devorada por la ambición única de estar bien vestida, de tener alhajas, no se amansaba más que cuando estrenaba un vestido.

Lucas que se vió en el caso de hablar, comprendió que debía atraerla, con un cumplido. En cuanto entró, le pareció la habitación muy limpia, gracias al ama de la casa, á pesar de la humildad de los escasos muebles, se acercó á la cama y dijo:

—¡Oh! ¡qué niños tan hermosos; duermen como ángeles!

La Pelos había sonreído, pero le miraba fijamente, y esperaba, segura de que aquel caballero no se habría molestado si no tuviese que obtener de ella algo importante. Y cuando tuvo que llegar al asunto, cuando contó que había encontrado á Josina sobre un banco, muerta de hambre, abandonada, en medio de la noche, la Pelos hizo un gesto violento, apretando las fuertes mandíbulas; y sin responder siquiera á aquel caballero, se volvió furiosa á su marido:

—¿Cómo, todavía este lío? ¿Me importa á mí eso?

Bonnaire, obligado á intervenir, procuró calmarla con tono de bondad conciliadora.

—Sea como quiera, si Ragú te ha dejado la llave, hay que dársela á esa desgraciada, pues él está allá, en casa de Caffiaux, donde es capaz de pasar la noche. No se puede dejar á una mujer y á un niño dormir en la calle.

Estalló con esto la ira de la Pelos:

—Sí, señor, tengo la llave, sí. Ragú me la ha dejado, y justamente para que esa andrajosa no vuelva á plantársele en casa, con el galopín de su hermano. ¡Pero á mí no me importa saber nada de esas porquerías! Lo que yo sé, es que Ragú me ha dado la llave, y á Ragú se la devolveré.

Intentó el marido despertar su compasión, pero ella le impuso silencio, furiosa:

—¿Pero es que quieres obligarme á ser compinche de las queridas de mi hermano? Tocante á esa, que vaya á reventar donde le dé la gana, lejos, lejos, ya que ha sido bastante sinvergüenza para dejarse manosear. ¿Te parece decente? Y el hermanito, que arrastra por todas partes, y que se acostaba allá arriba, en un cuarto obscuro, junto á ella y Ragú... No, no; cada uno en su casa, y ella que se quede en el arroyo; antes ó después allí había de dar!...

Con el corazón en martirio, indignado, la oía Lucas; reconocía en ella la dureza de las mujeres honradas del pueblo, tan despiadadas para las pobres muchachas que caen, en su ruda lucha por la existencia. Pero en esta había, además, una sorda envidia, el

odio á la joven bonita, graciosa, y hecha para el amor, á quien los hombres buscaban, y á quien darían cadenas de oro, faldas de seda, si sabía engatusárselos. Venía este rencor del día en que había sabido que su hermano acababa de comprar una sortija de plata á Josina.

—Hay que ser compasiva, señora— se contentó con decir Lucas, con voz que temblaba de lástima.

Pero la Pelos no tuvo tiempo de responder; se oyó en la escalera el estrépito de pasos fuertes y de traspies, y alguien abrió la puerta, á tientas. Era Ragú, á quien Bourrón no había abandonado; uno tras otro, como buenos borrachos, que ya no pueden separarse, cuando han bebido juntos. Sin embargo, Ragú, bastante razonable, había podido arrancar de casa de Caffiaux, diciendo que, al fin y al cabo, era necesario volver al trabajo al día siguiente; y entraba en casa de su hermana con su compinche, para recoger la llave.

—La llave ahí la tienes—gritó la Pelos, con despego.—¡Ya lo sabes, no me la vuelvas á dejar! justamente acabaron de decirme no sé qué tonterías, para que se la deje á esa mala pécora.... Cuando tengas mujerzuelas que plantar en la calle, te encargas de ello tú mismo.

Ragú, á quien el vino enternecía sin duda, se echó á reír.

—¡Qué tonta es esa Josina!... Si hubiera estado amable, tranquila, como se debe, en vez de venir con lloriqueos, hubiera venido á beber un vaso con nosotros!... ¡Las mujeres! Las mujeres no saben entender á los hombres.

Y no pudo continuar, decir su idea entera, porque Bourrón, que se había dejado caer sobre una silla, riendo sin motivo, flaco y acaballado, con su tono de eterno buen humor, decía á Bonnaire:

—¿Con que, dí, es verdad que dejas la fábrica?

Se volvió la Pelos sobresaltada, como si sonara un tiro á su espalda.

—¿Cómo que deja la fábrica?

Momento de silencio. Luego Bonnaire, armándose de valor, se resolvió:

—Sí, dejo la fábrica; no puedo hacer otra cosa.

—¡Qué dejas la fábrica!—exclamó ella airada, fuera de sí, plantándose delante de él.—¿Quiere decirse, que no bastaba que hayas cargado con esa indecente huelga, que en dos meses nos ha hecho comernos todas nuestras economías? hace falta además ahora, que pagues tú los vidrios rotos... Según eso, á morirse de hambre, y yo andaré en cueros!...

Sin enfadarse, respondió él suavemente:

—Es posible; puede que no tengas vestido nuevo por Pascua, y puede que tengamos que apretarnos la barriga. Pero te repito, que hago lo que debo.

No soltó presa ella; se le acercó, y le gritó en las narices:

—¡Bah! ¡Quí! ¡Si piensas que te lo han de agradecer! Ya los compañeros dicen sin reparo á quien les quiere oír, que sin tu huelga, no se hubieran muerto de hambre durante dos meses. ¿Y sabes lo qué dirán cuando sepan que dejas la fábrica? Dirán, que está muy bien, y que tú no eres más que un imbécil... En la vida te dejaré yo hacer semejante majadería. ¿Oyes? Mañana volverás al trabajo.

Bonnaire la miraba fijamente con su mirada clara y franca. Si solía ceder en materia de policía doméstica, si la dejaba reinar despóticamente en las cosas de familia, se hacía de hierro, cuando se trataba de una cuestión de conciencia. Así que, sin salirse de tono, con la voz de amo, que conocía ella bien, se contentó con decir:

—Vas á hacerme el favor de callarte... Estas son cosas nuestras, de los hombres, y de las cuales las mujeres como tú, no comprenden una palabra, y más vale que no se mezclen en ellas... Tú eres muy valiente, pero harás bien en ponerte otra vez á repasar la ropa, si no quieres que nos enfademos.

Y la empujó hacia la silla, junto á la lámpara, obligándola á sentarse. Domada, temblando de cólera, que ya sabía ella que era inútil, volvió á coger la aguja, fingiendo desentenderse de asuntos de que se la alejaba, de modo tan claro. Despertando al ruido de las voces, Lunot, el anciano, sin extrañar ver allí tanta gente, encendió la pipa, y escuchaba con aire de viejo filósofo, desengañado.

Hasta los niños despertaron; y abriendo mucho los ojos, procuraban comprender las cosas graves que decían las personas mayores.

Ahora Bonnaire se dirigía á Lucas, todavía en pie, como tomándole por testigo:

—Vamos á ver, caballero. Cada cual tiene su honra. ¿No es eso?... La huelga era inevitable, y si hubiera que volver á empezarla, volvería. Quiero decir, que con todas mis fuerzas empujaría á los compañeros á obtener justicia. No puede uno dejar que se lo coman; el trabajo debe ser pagado por su precio; á no ser que nos resignemos á ser simples esclavos. Tanta razón teníamos, que el señor Delaveau ha tenido que ceder en todo, aceptando nuestra nueva tarifa... Ahora noto que ese hombre está furioso, y que es preciso, como dice mi mujer, que alguien pague los vidrios rotos. Si yo no me marchase hoy por mi gusto, mañana encontraría él un pretexto para echarme. Y entonces, ¿qué? voy á empeñarme en quedar, para ser un continuo motivo de disputa? No, no; eso se convertiría en disgustos de todas clases para los compañeros, y estaría muy mal hecho por mi parte... Si he fingido volver, fué porque los camaradas hablaron de continuar la huelga si yo no volvía. Pero ahora, que ya están trabajando tranquilos, prefiero desaparecer, pues es necesario. Así se arregla todo; nadie se moverá, y yo habré hecho lo que debo... Para mí es cuestión de honra; yo tengo la mía.

Decía todo esto con sencilla grandeza, con aire corriente, con bizarría, y Lucas sintió emoción profunda. De este obrero, que había visto negro y mudo, trabajando en dura labor ante aquel horno; de este hombre que acababa de ver, bondadoso y apacible, tolerante y conciliador en familia, surgía un héroe del trabajo, uno de esos luchadores oscuros, que han dado todo su ser á la justicia, y que sienten la fraternidad hasta el punto de inmolarse por los demás en silencio.

Furiosa, sin dejar de mover la aguja, la Pelos repitió:

—¡Y nosotros reventaremos de hambre!

—Y nosotros reventaremos de hambre; es muy posible—dijo Bonnaire;—pero yo dormiré tranquilo.

Ragú rió con fisga.

—¡Oh, morir de hambre! cosa inútil, eso nunca ha servido de nada. No es que yo defienda á los patronos. ¡Vaya una pandilla! Sólo que, como los necesitamos, siempre hay que acabar por entenderse, y hacer, sobre poco más ó menos, lo que ellos quieren.

Y continuó con sus bromas, con el corazón en la mano. Era el obrero del término medio, ni bueno ni malo, el producto estropeado del salario, tal como le hacía la actual organización del trabajo. Gritaba mucho contra el régimen del capital; le enfadaba el peso abrumador del trabajo impuesto, y hasta era capaz de una rebeldía pasajera. Pero el largo atonismo le había encorvado, tenía en el fondo alma de esclavo, respetuoso ante la tradición establecida, envidiando al patrono, dueño y soberano, que poseía y disfrutaba todas las cosas; y no alimentaba más que la sorda ambición de reemplazarle el mejor día, para poseer y disfrutar á su vez. El ideal, en suma, era no hacer nada; ser él patrono para no hacer nada.

—¡Ah! ¡Ese cerdo de Delaveau! Quisiera estar ocho días en su lugar, y que él estuviera en el mío. Me gustaría ir á verle hacer la bola, fumando yo grandes cigarros. Y ya se sabe, todo llega, podemos convertirnos en patronos cuando se vuelva la tortilla.

Esta idea divirtió prodigiosamente á Bourrón, que abría la boca admirado ante Ragú, siempre que bebían juntos.

—¡Justo, eso, así! ¡Qué cuchipanda cuando seamos los amos!

Bonnaire encogía los hombros despreciando este bajo concepto de la victoria futura de los trabajadores, sobre quien los explotaba. El había leído, había pensado, creía saber. Habló otra vez excitado por todo lo que se acababa de decir, queriendo tener razón. Reconoció Lucas la idea colectiva, tal como la formulaban los intransigentes del partido. Primero era menester que la nación volviese á tomar posesión del suelo y de los instrumentos de trabajo para «socializarlos», hacerlos de todos; en seguida se reorganiza-

ría el trabajo general y obligatorio, de modo que la remuneración fuese proporcional á las horas de trabajo. Cuando se embrollaba, era al tratar del modo práctico de conseguir por medio de leyes esta «socialización». Sobre todo, cómo iba á funcionar libremente el sistema, cuando se pusiera en práctica con toda aquella máquina complicada de dirección ó intervención que necesitaría una policía de Estado vejatoria y dura. Y como Lucas, que no iba tan lejos en su anhelo humanitario, le hubiese presentado algunas objeciones, Bonnaire respondió con la tranquila fe del creyente:

—Todo nos pertenece, todo lo tomaremos, para que cada cual tenga su parte justa de trabajo y de descanso, de pena y de alegría. No hay otra solución razonable; la injusticia y el sufrimiento se han hecho demasiado grandes.

Los mismos Ragú y Bourrón estuvieron de acuerdo. ¿No lo había corrompido y envenenado todo el salario? El era el que alentaba la cólera y el odio, desencadenando la lucha de clases, la prolongada guerra de exterminio entre el capital y el trabajo. Por el salario había llegado á ser el hombre lobo para el hombre, en este conflicto de egoísmos, en esta monstruosa tiranía de un estado social basado sobre la iniquidad. La miseria no tenía otra causa; el salario era el fermento malo que engendraba el hambre, con todas sus consecuencias desastrosas, el robo, el asesinato, la prostitución, el hombre y la mujer pervertidos, rebeldes, lanzados fuera del amor, como fuerzas destructoras á través de la sociedad madrastra. Y no había más que un modo de sanar, la abolición del salario que se reemplazaría por el estado nuevo, «do otro», lo soñado, cuyo secreto guardaba todavía el mañana. Allí empezaba la disputa de los sistemas; cada cual creía en su poder la felicidad del siglo futuro; la cruda batalla política consistía en el choque de los partidos socialistas, que se empeñaban en imponer cada cual su reorganización del trabajo, su reparto equitativo de la riqueza. Mas no por estas luchas dejaba de estar el salario condenado por todos; y nada le salvaría; había llegado su hora; desapare-

cería como desapareció la esclavitud, cuando un período humano se cerró por ley del progreso, que siempre va adelante. No era más que un organismo muerto que amenazaba envenenar todo el cuerpo, y que la vida de los pueblos iba á eliminar, so pena de un fin trágico.

—De modo—continuó Bonnaire,— que esos Qurignon que fundaron el Abismo no eran malas personas. El último, Miguel, cuyo fin ha sido tan triste, se había esforzado por mejorar la suerte del obrero. A él se le debe la creación de una caja de retiro, cuyos primeros cién mil francos dió, obligándose á doblar en seguida cada año las sumas que depositaran los partícipes. Fundó igualmente una biblioteca, una sala de lectura, donde hay consulta gratuita dos veces por semana, obrador y una escuela para los niños. Y el señor De-laveau, aunque menos amable, ha tenido que respetar todo eso. Y ya van años que funciona. Pero, qué quiere usted, en resumidas cuentas, todo ello es como se dice, un verdadero cauterio en una pata de palo. Es caridad, no es justicia. Pueden funcionar tales cosas años y años todavía, sin que cese el hambre, sin que la miseria acabe jamás. ¡No, no! No hay alivio posible, hay que cortar el mal en su raíz.

En este momento el tío Lunot que creían otra vez dormido, dijo, desde lo oscuro:

—Los Qurignón, yo los he conocido.

Se volvió Lucas y le vió en su silla chupando en vano en la pipa apagada. Tenía cincuenta años; cerca de treinta había trabajado en el Abismo, de arrancador. Pequeño, grueso, de cara abultada y descolorida, se hubiera dicho que el fuego le había hinchado en vez de secarle. Tal vez era el agua de que se inundaba, deshaciéndose en vapor, la que le había traído el reumatismo. Muy pronto cogido por las piernas, andaba con gran trabajo. Y como no reunía las condiciones necesarias para obtener la irrisoria pensión de trescientos francos al año que los nuevos obreros habían de cobrar más adelante, se hubiera muerto de hambre en el arroyo, como una bestia de carga, inútil y vieja, si la Pelos, su hija, no hubiese querido recogerlo por consejo de Bonnaire; pero se lo hacía

pagar con riñas continuas y privaciones de todas clases.

—¡Ah! sí—repitió lentamente.—Los he conocido. ¡Sí, los Qurignón!... Hubo un señor Miguel, hoy difunto; que tenía cinco años más que yo. Y hay todavía el señor Jerónimo, en tiempo del cual entré yo en la fábrica á los diez y ocho años, cuando él ya tenía cuarenta y cinco, lo cual no le impide seguir viviendo.... Pero antes del señor Jerónimo hubo el señor Blas, el fundador, el que vino á instalarse en el Abismo, con sus dos marinetes; pronto hará ochenta años. A ese no le conocí yo. Mi padre, Juan Ragú y mi abuelo Pedro Ragú, fueron los que trabajaron con él; y hasta se puede decir, que Pedro Ragú era su camarada, que ambos eran tiradores, sin un cuarto en el bolsillo, cuando se pusieron al trabajo juntos, en la garganta de los Montes Bleuses, entonces desierta, en la orilla de acá del Mionna, donde había un salto de agua... Los Qurignón han hecho una gran fortuna; y aquí me tienen á mí, Santiago Ragú, siempre sin un cuarto, las piernas inútiles, y ahí está mi hijo, que no será más rico que yo, después de treinta años de trabajo; sin hablar de mi hija y de sus hijos, amenazados todos de reventar de hambre, como revientan los Ragú va ya para cien años.

Decía estas cosas sin cólera, con el aire de resignación de animal viejo despeado. Miró un momento á la pipa, sorprendido de no sacar de ella humo. Luego, viendo que Lucas le escuchaba con atención compasiva, concluyó encogiendo ligeramente los hombros:

—¡Bah! caballero, esa es nuestra suerte; somos unos pobres diablos. Siempre habrá patronos y obreros... Mi abuelo y mi padre se vieron como me veo, y lo mismo se verá mi hijo. Para qué sublevarse; cada cual saca su suerte al nacer... De todos modos, bien se puede desear cuando se llega á viejo, tener con qué comprar el tabaco suficiente.

—¡Tabaco!—gritó la Pelos.—Hoy mismo has fumado por valor de diez céntimos. Piensas que voy á mantenerte de tabaco, ahora que no vamos á tener ni pan?

Le tenía á ración; esto era lo único que desespera-

ba al fío Lunot, que en vano procuró encender la pipa, en la que decididamente no quedaba más que ceniza. Lucas, lleno de compasión que aumentaba, seguía mirándole en su asiento. El salario conducía á este lastimoso residuo, el obrero agotado, consumido á los cincuenta años; el arrancador, toda su vida arrancador, á quien su labor convertida en maquina, había echado de sí, ya estúpido, reducido á la imbecilidad de la parálisis. Nada sobrevivía en aquel pobre sér, más que el sentimiento fatalista de su esclavitud.

Pero Bonnaire protestó altivo:

—No, no, no ha de ser siempre así; no siempre habrá patronos y obreros, vendrá un día en que no habrá más que hombres libres y contentos... Nuestros hijos acaso vean ese día, y bien merece la pena de que nosotros, los padres, suframos todavía, si hemos de conseguir la felicidad de mañana.

—¡Caramba!—exclamó Ragú en chanza;—que venga eso pronto, que quiero que me toque. Me vendría al pelo no tener que hacer nada y comer pollos todos los días.

—Y yo lo mismo; yo lo mismo—apoyó Bourrón extasiado.—Que no me quiten mi puesto.

El padre Lunot les hizo callar con ademán de desengaño, y dijo:

—Sí, sí, ya veréis. De joven se esperan esas cosas. Se tiene la cabeza llena de locuras, se imagina que va á cambiar el mundo. Y luego el mundo continúa y le barren á uno con los demás... Yo no culpo á nadie. A veces, cuando puedo arrastrarme hasta la calle, suelo encontrar al señor Jerónimo en su cochecito, que empuja un criado. Le saludo, porque eso se le debe á un hombre que os ha hecho trabajar y que es tan rico. Creo que no me reconoce, pero se contenta con mirarme con ojos que parecen llenos de agua clara... Los Qurignón han sacado el premio gordo, y hay que respetarlos. Si nos echamos sobre los que tienen el dinero, ni Dios pára aquí; el acabóse.

Contó Ragú entonces que aquella misma tarde, al salir de la fábrica, Bourrón y él habían visto pasar al señor Jerónimo en su coche de mano. Se le salu-

daba; esto era efectivamente natural. ¿Cómo hacer otra cosa sin pecar de descortés? Pero, de todos modos un Ragú á pie, por el lodo, vacío el vientre, saludando á un Qurignón opulento, bien tapado con mantas y que un criado saca á pasear, como á un mamón demasiado gordo, es cosa que irrita y dan ganas de tirar las herramientas al agua, de obligar á los ricos á repartir, para no hacer uno nada á su vez.

—¡No hacer nada, no; eso no! Eso sería la muerte;—replicó Bonnaire.—Todo el mundo debe trabajar y eso será la felicidad conquistada, la injusta miseria vencida al fin... A los Qurignón no hay que envidiarles. Cuando nos los ponen como ejemplo, diciéndonos: «Ya lo veis, cómo un obrero puede llegar á una gran fortuna, con inteligencia, trabajo y economía», siento cierta ira, porque veo que todo ese dinero no ha podido ser ganado más que explotando á los compañeros, cercenándoles el pan y la libertad, y esta villanía algún día se paga. Jamás el bien de todos podrá armonizarse con la prosperidad exagerada de uno solo... Lo que hay que hacer es esperar para ver lo que el porvenir nos reserva. Pero mi idea ya la sabéis: que esos dos galopines acostados ahí y que nos escuchan, sean algún día más felices que yo lo he sido, y que sus hijos, á su vez, lo sean más que ellos... Para esto no hay más que querer la justicia, entendernos como hermanos para conquistarla aún á costa de mucha miseria todavía.

En efecto, Luciano y Antonieta no habían vuelto á dormirse, muy atentos á toda aquella gente que charlaba tan tarde. Inmóviles las rubias cabezas sobre la almohada, los hermosos chiquillos oían con los ojos muy abiertos, soñadores, como si comprendieran.

—¡Más felices que nosotros algún día—dijo secamente la Pelos,—sí! Si mañana no mueren de hambre, pues que no vas á tener pan que darles.

Cayó la frase como un hachazo. Vaciló Bonnaire herido en su ilusión por el frío brusco de la miseria que él había buscado, dejando la fábrica; y Lucas sintió pasar el escalofrío de aquella miseria, en aque-

lla ancha sala desnuda, donde la humilde lámpara de petróleo despedía triste humo. ¿No era aquella la lucha imposible; el abuelo, el padre, la madre, los dos hijos, condenados á una muerte próxima si el jornalero se empeñaba en su protesta impotente contra el capital? Un silencio de plomo reinó; una gran sombra negra heló el aposento y oscureció un instante los rostros.

Llamaron en esto, se oyeron risas y entró Bavette, la mujer de Bourrón, con su cara de muñeca, alegre como siempre, rolliza y fresca, de tez blanca, los cabellos nada finos, de un rubio claro; parecía una eterna primavera. Como no había encontrado á su marido en casa de Caffiaux, venía á buscarle allí, sabiendo que le costaba trabajo volver á casa, cuando no le llevaba ella. Pero nada de ríña, al contrario, buen humor, como si le pareciese muy bien que su conyuge la corriese un poco.

—¡Hola, ya te cogí, tío aleluya!—exclamó la Bourrón, muy contenta al verle.—Ya sabía yo que estarías con Ragú y que te encontraría aquí... ¿Sabes? Ya es tarde, vida mía. He acostado á María y á Sebastián y ahora tengo que acostarte á ti.

En la vida se enfadaba Bourrón, por la gracia con que sabía ella arrancárselo á los compinches.

—Tiene gracia la cosa ¿eh? Ya lo oís; es mi mujer, quien me acuesta... Bueno, corriente, vamos; al cabo ha de ser.

Se levantó, y Bavette viéndole entonces por el rostro sombrío de todos que pasaba allí algo muy triste; acaso una disputa, quiso poner paz. Ella en su casa cantaba día y noche, cariñosa con su marido, consolándole, pintándole alegre porvenir, si le faltaba ánimo. La miseria, el abominable sufrimiento en que vivía desde la infancia, no habían podido hacer mella en su eterno buen humor. Estaba en absoluto convencida de que las cosas se arreglarían divinamente; siempre estaba camino de la gloria.

—¿Qué es lo que os pasa á todos? ¿Están los niños malos?

La Pelos otra vez furiosa, le contó que Bonnairé dejaba la fábrica, que morirían todos de hambre an-

tes de una semana, y que á todo Beauclair le iba á suceder lo mismo, porque no se podía con tantas desdichas; era imposible vivir. Bavette protestó, anunció días prósperos, relucientes; confiada y alegre.

—No, hija, no; no se pudra usted la sangre; ya verá cómo todo se arregla. Se trabajará, seremos muy felices.

Y se llevó á su marido entre bromas, diciéndole cosas tan graciosas y agradables, que la seguía dócilmente, también chancero, con la borrachera domada, ya vencida.

Lucas se decidía á seguirlos, cuando la Pelos, al colocar su labor sobre la mesa, encontró la llave que había arrojado á su hermano, y que éste no había cogido todavía.

—¿A ver, la coges ó no? ¿Vas á acostarte ó no?... Ya te han dicho que esa bribona te esperaba no sé dónde; puedes recogerla otra vez si te parece.

Ragú, socarrón, estuvo un momento haciendo balancearse la llave en la punta de un dedo pulgar. Toda la noche había estado gritando en las narices de Bourrón que no le convenía estar manteniendo á una holgazana, que había cometido la majadería de dejarse tragar un dedo por una máquina, sin hacérselo pagar en lo que valía. Había tenido aquella querida, como tantas otras, todas las que se prestan á ello. Se trataba del gusto de los dos. Cuando se cansaba uno, abur, abur, cada cual por su lado. Pero desde que había entrado en casa, se le había disipado la embriaguez y ya no insistía en su obstinación malévol. Además su hermana le irritaba, diciéndole siempre lo que tenía que hacer.

—Pues claro que volveré á cargar con ella, si me da la gana... Después de todo, vale más que otras; aunque la maten, no tiene una mala palabra.

Y volviéndose á Bonnairé que callaba, dijo:

—Qué tonta es esa Josina, siempre tan miedosa... ¿Dónde se ha escondido?

—Espera en la escalera con Nanet—dijo Bonnairé. Entonces Ragú abrió la puerta de par en par, para llamar gritando:

—Josina, Josina.

Nadie respondió. De la profunda obscuridad de la escalera, no vino ni el soplo de un aliento. Y á la escasa luz que la lámpara de petróleo hacía llegar al descanso, sólo se vió á Nanet en pie, que parecía esperar en acecho.

—¡Ah! eres tú, condenado comino—gritó Ragú—¿Qué diablos haces ahí?

El niño no se desconcertó, echó un paso atrás. Estirándose cuanto pudo, del tamaño de una bota, respondió con valentía:

—Estaba escuchando para enterarme.

—¿Y tu hermana dónde está? ¿Por qué no responde cuando la llaman?

—Mi hermana estaba allá arriba conmigo, sentada en la escalera; pero cuando te sintió entrar, tuvo miedo de que subieras á pegarla, y bajó para poder escapar, si tú eres malo.

Hizo esto reír á Ragú. Las bravatas del niño le divertían.

—¿Y tú, no tienes miedo?

—Yo si me tocas gritaré muy alto, para que me oiga mi hermana y escape.

Completamente ablandado, Ragú se inclinó sobre la escalera, para llamar otra vez:

—Josina, Josina, vamos, sube, no hagas el oso. Ya sabes que no te voy á matar.

Siguió el mismo silencio de muerte, nada se movió, nada subió de lo oscuro. Y Lucas, cuya presencia no era necesaria, se despidió, saludando á la Pelos, que apretando los labios, inclinó secamente la cabeza. Los niños habían vuelto á dormir. El tío Lunot, con la pipa sin lumbre en la boca, apoyándose en las paredes, se había metido en su estrecha alcoba. Y Bonnaire, que se había dejado caer sobre una silla, mudo en medio de la lúgubre estancia, perdida la mirada á lo lejos, en el porvenir amenazador, esperaba el momento de acostarse, al lado de su terrible esposa.

—Animo y hasta la vista—le dijo Lucas estrechándole con fuerza la mano.

Ragú continuaba llamando, en el descanso, con voz que iba siendo de súplica.

—¡Josina, vamos, Josina!... ¡Cuando te digo que ya no estoy enfadado!

Y como de la obscuridad no le contestaban, se volvió á Nanet, que no se mezclaba en nada, dejando á su hermana hacer lo que quisiera:

—Puede que se haya escapado.

—¡Cá! no, ¿dónde quieres que vaya?... Debe de haberse sentado en la escalera.

Bajó Lucas, cogido á la cuerda grasienta, tentando con el pie los escalones empinados y altos, con el temor de caer de cabeza en aquella obscuridad profunda. Parecíale sumirse en una sima, por una estrecha escalera, entre paredes húmedas. Según bajaba creía distinguir grandes sollozos ahogados, que venían de abajo, del triste fondo de la sombra. Arriba sonó la voz de Ragú, resuelta:

—¡Josina, Josina!... ¡Si no subes, es que quieres que vaya á buscarte!

Lucas entonces se detuvo, sintiendo acercarse un débil aliento. Era como una tibia suavidad que avanzaba, un ligero escalofrío viviente, apenas adivinado, de una aproximación temblorosa. Se ciñó á la pared, porque comprendió, que una criatura iba á pasar, invisible, que se hizo reconocer, sólo por el discreto roce de su cuerpo.

—Soy yo, Josina—dijo él muy bajo, para que no se asustase.

El débil respirar que oía, seguía subiendo, y no le respondieron. Pero en un contacto, apenas sensible, pasó la triste criatura, de miseria y misterio. Y una mano pequeña y febril cogió la suya, labios ardientes la oprimieron, besando con fuego en un arranque de gratitud infinita, dejándole el don de todo su sér. Así le daba las gracias, así se le entregaba, ignorada, velada; delicia infantil. Ni una palabra; no hubo más que aquel beso mudo en lo obscuro, empapado en lágrimas ardientes.

Ya había pasado el aliento sutil, el espíritu ligero seguía subiendo. Lucas quedó trastornado; hasta el fondo de las entrañas, se había apoderado de él la sensación de aquel contacto de ensueño; el beso de aquella boca, que no había visto, le había llegado al



corazón. Por las venas le corría un encanto dulce y fuerte. Quiso creerse contento, sencillamente, por haber conseguido que Josina encontrase un techo bajo el que dormir aquella noche. ¿Pero, por qué lloraba ella, sentada sobre el último escalón, en el umbral, junto á la calle? ¿Por qué había tardado tanto en responder á las voces de aquel hombre, que le daba un albergue? Sentía pena mortal, por algo que no podía gozar; suspiraba por un sueño imposible, y cedía, subiendo al fin, á la necesidad de volver á la vida á que estaba condenada. Se oyó arriba la voz de Ragú, por última vez:

—Vamos, ya estás ahí, menos mal... Ea, grandísima tonta, ven á acostarte; no pienso comerte esta noche todavía.

Y Lucas huyó, tan desesperado, que buscaba las razones de aquella amargura terrible, que sentía. Mientras se orientaba con trabajo, en el dédalo obscuro de las inmundas callejas del Beauclair viejo, discutía consigo mismo y se enternecía. ¡Pobre niña! Era víctima del medio; jamás se hubiera entregado al tal Ragú sin la perversión de la miseria abrumadora. ¡Con qué profunda labor habría que dar vuelta á la humanidad para que el trabajo volviera á ser honra y alegría, para que el amor sano y fuerte pudiese florecer de nuevo, en la gran recolección de verdad y de justicia! Entre tanto, lo mejor era, sin duda, que la pobre niña siguiera con aquel Ragú, si consentía en no maltratarla demasiado. En el cielo había cesado el viento tempestuoso, algunas estrellas aparecían entre las espesas nubes inmóviles. ¡Pero qué negra noche, y en qué inmensa melancolía las tinieblas anegaban el corazón! De repente se encontró Lucas en el ribazo del Mionna, junto al puente de madera. Enfrente, el Abismo, siempre trabajando, con sordo rúgido, dejaba oír también el acompasado vaivén de los martinetes, ruido que cortaba los golpes más profundos de los grandes martillos de forja. Rasgaban la obscuridad, de cuando en cuando; algunas llamaradas; el humo lívido, extendiéndose; rodeaba la fábrica de un horizonte de tormenta, atravesando los rayos de luz eléctrica. Este espectáculo nocturno del monstruo, cuyos

hornos jamás se extinguían, le hizo ver otra vez el trabajo mortífero, impuesto como en un presidio, pagado sobre todo, con desconfianza y desprecio. Pasó ante él la hermosa figura de Bonnaire, y le vió cómo le había dejado en la lúgubre estancia, derribado como un vencido, ante el porvenir incierto. Luego, sin transición, se presentó otro recuerdo de la noche, el vago perfil de Lange, el alfarero, lanzando su maldición con la vehemencia de un profeta, anunciando la destrucción de Beauclair, bajo el cúmulo de sus crímenes. Pero á tales horas, Beauclair, aterrado, yacía dormido; no era ya en el primer término de la llanura, más que una masa confusa, tenebrosa, donde no brillaba ni una luz. No quedaba más que el Abismo, con su vida de infierno sin tregua, donde seguían retumbando los truenos, donde llamas incandescentes devoraban vidas de hombres.

En lo obscuro, un reloj lejano, anunció la media noche. Tomó Lucas por el puente y bajó por el camino de Brías, para volver á la Crécherie, donde su lecho le esperaba. A punto de llegar, una gran claridad iluminó de repente todo el paisaje, los dos promontorios de los Montes Bleuses, los adormecidos tejados del pueblo, hasta los campos lejanos de la Rumaña. Otra vez, á media ladera, una sangría del horno alto, cuyo negro perfil apareció como en un incendio. Y Lucas, levantando los ojos, tuvo de nuevo la sensación de que amanecía el astro prometido á sus sueños de una nueva humanidad, entre la grana de una aurora.

III

Al día siguiente, domingo, Lucas acababa de levantarse cuando recibió una carta amistosa de la señora Boisgelin, que le invitaba á almorzar en la Guerdache. Había sabido que estaba en Beauclair, y como no ignoraba que los Jordán no volverían hasta el lunes, le decía que tendría mucho gusto en verle y en